

Anábasis



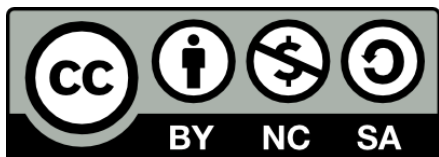
ADALBER SALAS HERNÁNDEZ



Comité editor:

Néstor Mendoza
Geraudí González
Cristian Garzón

Adalber Salas Hernández
Anábasis

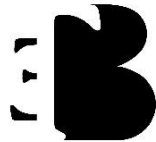


Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diseño y diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Bogotá, Colombia, septiembre de 2019

Adalber Salas Hernández

Anábasis
Antología poética



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Voz Aislada*

a Malena Salas Robertson

*Un pays-ci n'est point le mien.
Que m'a donné le monde que ce mouvement d'herbes?*

SAINT-JOHN PERSE

Fue Jenofonte a preguntar a Apolo a cuál de los dioses debía ofrecer sacrificios y rogar para hacer el viaje que tenía pensado del mejor modo posible y quedar a salvo tras tener éxito en él. Y Apolo le designó los dioses a los que debía ofrecer sacrificios. Cuando volvió, contó a Sócrates el oráculo. Éste, al oírlo, le censuró que no preguntara primero si era mejor para él marchar o quedarse.

JENOFONTE

De *Extranjero*

Padre,
de madrugada en madrugada
voy arrastrando tu cadáver,

tu grito sedimentado,
tu hora imposible en todos los relojes,

el signo hostil que me dejaste
y que ahora reclama ser devuelto a la ceniza:

tu cuerpo,
todo mordaza y pasos perdidos,

en el que se filtró la noche
para hacerse irremediable.

¿Quién dejó crecer
esta quietud vegetal bajo tus uñas?

¿quién abrió
una flor de arena en tu garganta?

¿quién te hizo
ese horizonte salvaje en el pecho

donde aún retumba,
sin sueño,
una jauría de palabras desiertas?

No sé qué es esto
que te pronuncia en el azar de mis venas,

esto que descubre tu caligrafía
marcando las paredes de mi respiración,

esto que me llama a hurgar
bajo la blanca ceguera que te cubre.

Padre,
no sé qué es esto
que sorprende en mis manos
las ruinas impares de tu sombra.

Enseño a tu muerte cómo hablar.

Le entrego mis palabras,
una tras otra,
para que aprenda a pronunciar
su propia, implacable pureza,

ese fervor opaco
que yace inscrito en tu carne.

Tu muerte,

esa tierra amarga
que hallaste un día aferrada a tus pies,

eso
callado
que hace lentamente su rostro
en el tuyo.

Te sentabas con tu sombra
a tomar un whiskey,
dos,

a ver pasar los minutos
de manos deshabitadas,

a escuchar cómo la tarde
se hacía cada vez más espesa
cada vez más pérdida

y no había remedio.

Te sentabas con tu sombra,
Padre,
con el reverso de tu muerte.

Todo en ti se ha hecho despedida.

Tus rasgos, tu cifra inasible,
yacen aquí,
recogidos bajo la luz áspera de la hoja,

dibujados a medias
por esta escritura penitente
empeñada en intentar
tus ojos finales.

¿Y de qué vale ahora, dime,
esa desnudez del pensamiento,
el ademán que se cubre con la ceguera de sus techos,
que labra su propio sepulcro,

contra eso
que me deja su bautismo de sal en la frente,

y busca abrir su boca en la mía?

Padre,
estoy siempre sentado aquí,
a orillas de tu noche,

intentando que aprenda los gestos familiares,
que recuerde tardes que no ha visto
y viajes que nunca ha hecho,

que sepa llevar los largos paseos
y las conversaciones espirales.

No me engaño:

todo esto se habrá perdido mañana,
lo sé.

Tu lengua tallada por el hambre
es la mía,
Padre;

la misma donde se oculta mi nombre
esperando ser nada más que aliento,

la misma que ya no sabe articular sonidos
y retiene solamente
este sabor a tiempo que se quema.

Este oficio de mudez
te purifica.

Derrumba cada una
de las letras que fuiste,

limpia con su arena las llagas
florecidas en la piel de tu espera,

y te prepara
para el oscuro sacramento de la lluvia.

Padre,
hay un poema que pone fin a la noche,

una insólita geometría verbal
que recita nuestra sangre
sin decirnos.

Buscaré esos vocablos:

sé que con ellos diste forma a los pájaros
que encienden sus ojos bajo mi lengua.

De Heredar la tierra

II

Por haber sucumbido a la oscura
tentación de nacer, por haber comido
de este pan árido,
por haber asentido y entregado
la frente para recibir la saliva lustral del
tiempo, por todo ello
estás aquí,

pisando esta tierra que siempre
te será infiel, habitando su noche
sin párpados,

con tu desnudez balbuciente,

descubriendo el miedo ágrafo
de tener un rostro.

V

Tus pies no recuerdan todavía
ningún paso.

Los espejos no tienen ningún
derecho sobre ti.

Y esa voz que será tu condena
no ha soplado aún ceniza
en tu garganta. Hasta ahora solamente
has escuchado un aleluya

con los bordes comidos por el óxido,

raído como una madera vieja:

la lengua de lo que está más allá
o más acá de la piel. En ti
reposa la arcilla pura del tiempo,

la tierra heredada para ser perdida.

Solamente la dura gracia
de haber nacido.

VI

Sin saberlo, escribía
buscando una palabra que te recibiera.

Una palabra extensa,
larga como una muerte,
larga hacia ningún lugar

y tenue,
tan tenue.

Una palabra tejida con sonidos ínfimos,
con esas preguntas desahuciadas
que también tejen la
noche, diligentes y cansadas.

Una palabra que pudieras usar
para nunca andar descalza
por las calles, entre los edificios
cariados de tanta lluvia.

Una palabra que sirviera para
remendar el cielo de vez en cuando.

VIII

Al recién nacido hay que darle
de inmediato un nombre.

Al que ha salido de la
negra violencia del parto, todavía
húmedo de no existir,

hay que nombrarlo,
para borrar de sus manos y
de su respiración
el susurro de otro océano,

para contener el barro
incierto de su carne,

hay que conjurar ese lugar del
que ha venido, la marea brutal que
lo ha abandonado entre nosotros,

sobre esta tierra que deberá caminar,
cuyo vientre espeso está repleto
de palabras que nadie recuerda.

X

Velo tu sueño, la mansedumbre lejana
de tus rasgos. Estás recogida
sobre ti misma, replegada, con tu
respiración caminando poco a poco,
como un canto agotado.

Afuera hay una claridad tan espesa, que
no deja pasar los sonidos de la gente:
es la miel sorda de la tarde empapando
la ciudad. Te observo y escribo con
cuidado, sin prisa, temiendo el ruido frío
de las letras, su manera de chirriar, de crujir.

Mientras, a mi lado, tu cuerpo inmóvil
recuerda en qué punto exacto de su carne
fueron separadas las tierras de las aguas.

XI

Amasar un salmo bajo el sol
con aserrín y aliento y agujas, un

salmo que no quepa en los bolsillos,
que pese en la boca con la rabia dulce
del mediodía. Un salmo con

arritmia y sin
dios, que destile un líquido hondo, despierto,
que pueda beberse de un solo trago. Un salmo

que cante los dones difíciles, los frutos que caen,
rotundos como juicios, en la mirada.

Una alabanza que prefiera quedarse en la sed,
donde pueda ser para ti pulpa inhóspita, sequía
vertical, cadencia de un fulgor que no cesa.

XIV

No el clamor, sino el murmullo.
El aliento que se extravía
en el laberinto de las consonantes, sin saber
finalmente dónde hallará de beber. El
garabato que dormita en una
esquina de la página, hundido
en el sueño de la materia rota, en su
santa ilegibilidad. El musgo que intenta su oración
sobre los dientes cariaados de la tierra.
La hierba desperdigada repitiendo una misma
sílabas irredenta. Los pájaros que
escriben sobre el lomo del cielo
lo que escuchan de los árboles.
Los árboles que cuentan a los pájaros
el mensaje que escuchan de los muertos.

Y bajo todo esto, gratuito, entregado, el barro lúcido de tu voz.

XX

La luz no puede perdonarnos que hayamos venido
a inventar la sombra.

Ella, que no conocía sino
la cal de su propia piel, la blancura irreversible
de su paso.

Ella, la gran lectora de todo lo que
no había sido escrito aún, la médula secreta de
este mundo, no nos perdona que
le hayamos
contagiado estas oscuridades que ahora le pueblan
el andar.

Nunca hubiera sabido qué cosa era
la muerte si no se la hubiéramos entregado,
obligándola a esta pasión sin resurrección.

De Salvoconducto

[Sonatesco y ripioso]

El presidente está triste,
¿qué tendrá el presidente?
¿Será que las transnacionales ya no lo quieren,
o lo quieren demasiado, con el ahínco mineral
de excavadoras, de taladros, de extractoras?

El presidente ha perdido la risa, ha perdido el color.
¿Está desconcertado porque los puntos
se escaparon de las íes? ¿Porque los períodos
son demasiado cortos? ¿Porque todo pasa
y todo queda, pero lo nuestro es pasar?

¡Pobre presidente preso de sus oros negros!
¿Algún ministro le habrá revelado por error
que una bandera no sirve para contradecir la lluvia, para
ahuyentar los perros del frío?
¿Por fin habrá descubierto que *país* es el nombre de una huida?

¿Será que le desafina el pulso, que tiene arritmia
el himno patrio?
¿Habrá subido de peso? Tal vez el uniforme militar
ya no le queda como antes.
¿La corbata le aprieta, la charretera le da calor?

¡Pobre presidente protoplásmico, preso de sus predios,
proclive a la procacidad, a la prodigiosa
perífrasis sin pudicia, a la prevaricación,
preguntándose si será pasteurizado,
postulado como prohombre prehumano!

Nadie sabe por qué está triste el presidente.
El gabinete está confundido, el ejército desbandado.
¿Será que no duerme por culpa de los disparos, del gas

lacrimógeno, de los gritos que hacen de paredes
en las cárceles?

¿Le quitan el sueño las sirenas
que cortan en pedazos la noche?
¿Le aterra el insomnio porque es como estar muerto,
porque los muertos tampoco saben cerrar los ojos?
(¿Duerme usted, señor presidente?)

[José Ángel Valente y el Consejo de Guerra]

*Pero todo costó y cuesta
tanto trabajo y tanta sangre.*

José Lezama Lima, carta a Valente
fecha da el 23 de noviembre de 1975

Habría que imaginar un cuarto gris,
aunque de hecho las paredes fueran oliva
o blancas; gris y húmedo de tanto
recibir declaraciones, alegatos, la materia
estúpida y febril de las confesiones.

Un cuarto acostumbrado a mirar
la vida reducida a sus gestos anónimos,
de esos lugares
donde realmente nadie nos espera,
donde no es necesario decir
nada,
sólo estar.

Cruzar la frontera, entregarte
luego de mostrar el pasaporte como un
mea culpa sudoroso.
No caminar las calles
por aquello de la busca y captura; recibir,
en cambio, un paseo en patrulla y ver
desde ahí las ventanas sin vista,
la sonrisa desdentada de los edificios.
No poder mover las manos, ni siquiera
para rascarte la nariz.
No poder abrir la boca, no vaya a salir
alguna de esas injurias
que perturban el insomnio de los muertos.

Llegar al cuarto,
todo ya descrito con puntualidad,
y comparecer en ese banquillo
de madera triste,
ante el Juez Instructor del Juzgado
Permanente del Gobierno Militar
de Las Palmas de Gran Canaria.
¿Qué sería de esta gente
sin sus mayúsculas?
¿Podrían escribir sus documentos, llamarse
entre sí o las palabras
se les quedarían en los dedos,
secas como clavos?
¿Qué sería de ellos si alguien
le quitara el uniforme a las sílabas?
Entonces se leería
Juez instructor del juzgado permanente del gobierno militar de las pal
/mas de gran canaria,
un solo vocablo sin rango,
un garabato, un gusano, una soga que tal vez
no los dejaría respirar.

Cuánto trabajo y cuánta sangre cuestan
algunas frases,
cuando caen con el
peso sordo de un cuerpo.
Cuánto nos cobran
en cuartos grises, en calles tomadas,
en casas precintadas,
por tachar las mayúsculas, por
decir el agua cruda
que llevamos en la boca
y bebemos sin saber.

[Sin título]

Vi mi primer muerto una tarde, subiendo
de Sabana Grande a la Avenida Libertador,
en una de esas calles estrechas
y claustrofóbicas.

Eran las tres o las cuatro, algo así,
el día estaba flojo, la luz era
como un sudor pálido,
sobre las cosas.

En la acera derecha había un grupo
de gente callada. Y en medio, un hombre boca abajo,
los miembros regados de cualquier manera.

No había un solo comentario, nadie
lloraba o gritaba. Hablaban en voz muy baja,
como si vivieran por adelantado el velorio.

No parecía la escena de una
muerte, sino otra cosa, un suceso desconcertante,
un problema que era necesario
resolver. Hubiera jurado que esperaban, incluso
con un poco de fastidio, alguna señal.

Entre el cielo y la tierra
solamente median los ángeles del aburrimiento.

No habían traído una sábana
para cubrirlo ni le habían puesto
una chaqueta encima.

Era imposible ver su rostro, la bala
le había partido el cráneo desde atrás,
y ahora estaba en el centro de un charco
de sangre y orina y mierda
(se le habían relajado los esfínteres).

Nadie notaba el olor,
la luz fría lo había escondido.
Eso no era un cuerpo, era algo más,

replegado, tachado.
Algo que había perdido todas sus alianzas.

Dicen que al morir te pareces
finalmente a ti mismo,
como si alguien te hubiera hecho el favor
de recoger cada una de tus sombras.

Pero es mentira.

Al final no te pareces a nada,
la masa de músculos atrofiados
y huesos inservibles que eres
no dice nada. La muerte no es
un arte, como todo lo demás,
y nadie lo hace bien.

[Curso intensivo de biopolítica]

Phylum: arthropoda. Clase: insecta. Orden: hymenoptera. Suborden: apocrita. Superfamilia: vespoidea. Familia: pompilidæ. Reino: animalia, como el nuestro. Además, cuatro subfamilias, cuyos nombres no vienen al caso. Cinco mil especies, más o menos, diseminadas a lo largo de cada continente. La llamada avispa de las arañas no es especialmente grande, ni suele atraer la mirada con sus colores. Tampoco hace ruido al volar; su zumbido recuerda a la respiración sibilante de un asmático. Se alimenta de néctar. Las hembras son de mayor tamaño que los machos.

Cuando lleva en su interior un huevo, la hembra construye una madriguera –por lo común cavando un hoyo en la tierra, aunque también puede conformarse con una grieta en la corteza de algún árbol y hasta con el techo mal ensamblado de una casa. Busca entonces una araña de grandes dimensiones, bien proporcionada, y la pica, inyectándole una sustancia que contrae sus miembros, que la deja como un puño, un garabato. Luego la arrastra o la carga hasta el nido. Allí, hurga en el abdomen de la araña, lo descose y pone en él su huevo. Sutura la herida con delicadeza y se va, sellando la entrada.

La araña ni siquiera puede mover alguno de sus ocho ojos. Apenas capta el espacio que la separa de la salida, la distancia que se abre como una boca sin dientes. Es, quizás, la entrada de la carne a esa flema oscura que llaman alma. Al poco rato, el huevo

eclosiona. De él sale a tientas una larva blanca, tubular, inquieta, que comienza a masticar el abdomen de su huésped. Las mandíbulas esquivan con precisión las áreas vitales: el sistema nervioso central, arrugado por el óxido, pieza de chatarra, y el corazón, que no ha parado de bombear espeso aceite de motor. Estos quedan para el final. Cuando ha terminado, la larva se envuelve en un capullo y descansa en el interior vacío de la araña, todavía cálido, hundida en esa memoria umbilical. Ahí termina de desarrollar las patas y alas estriadas que le permitirán abandonar el nido.

[Cosplay]

Toque de diana, llaman a ese sonido que corta la mañana en dos, hora de levantarse, hacer la cama, sacudir de la cabeza los lagartos del sueño, tomar una ducha, afeitarse y colgar del cuerpo el uniforme nítido, innegable, dejar todos los efectos personales en su sitio, caminar derecho, formarse con los demás en el patio, marchar, ir al comedor, engullir sin morder la mano que da el alimento con esa rabia santa, la mano que da el plato lleno y la consigna, la claridad aturdida de una vida en orden, reportarse, salir a patrullar, dar vueltas por callejones y avenidas sin mucho ánimo hasta que sea la hora del almuerzo, de conseguirse una arepa o un puesto de empanadas, montar luego una alcabala en alguna calle rentable, esperar a ver si cae un carajito sifrino o un tipo con real, aguantar el calor pegostoso, el sol que todos los días dice lo mismo, sin modular, esperar tomando un jugo de patilla o guayaba, orinar detrás del puesto de vigilancia, pagarle su cuota a los malandros de la zona para que permitan operar en paz, qué bolas que uno ya ni ve un policía por aquí, dejar irse a la chama que se puso a gritar porque le metieron mano cuando la cachaban, agua que no has de beber, escuchar los cuentos de siempre, a fulano lo mataron porque debía unas lucas de las verdes y tú sabes que el honor no es la divisa que vale para el control cambiario, a mengano también lo quebraron, por pendejo, que lo pusieron de escolta de la jeva del coronel y se la estaba cogiendo, a zutano seguro lo ascienden de tanto mamar güevo, nojoda, y uno aquí montando alcabalas y haciendo rondas, de esto no se saca una mierda, recoger todo, montarlo en la camioneta, repartir las ganancias de la tarde, las migajas, regresar al cuartel aguantando las miradas de desconfianza, acaso no saben que estamos para proteger y servir, coño, reportarse, formarse con los demás en el patio, ir al comedor,

engullir sin morder la mano que da el alimento con esa fe
/destartalada,
mano que da el plato lleno y el temblor, la llegada de la noche
como el revés de un cráneo, ir a las duchas, buscarse alguno
de esos reclutas flaquitos, con ojos de charco sucio, pegarle unos
buenos coñazos entre todos, pa' que se ahombre, doblarlo,
ponerlo de culo y darle duro hasta que salga el semen gris
de las iluminaciones, dejarlo ahí, arrugado, que el marico ese
no quiere pararse, volver a los dormitorios, planchar el uniforme,
limpiar las botas, dejar todos los efectos personales en su sitio,
/aguardar
hasta que apaguen las luces para hablar de ese golpe que se viene,
que se viene desde que se fundó este país, que se viene, el general
ya hizo la movida, tiene a los ministros en el bolsillo, dicen
que algunos diputados huyeron y ahora están de incógnito
por todo el Caribe, se viene, ya sabes, hasta los mariquitos
de la Armada están con nosotros, nadie va a venir a preguntar
quién coño mató al comendador, sólo hay que aguantarse y
esperar a que den la orden, el futuro es un animal sin ojos
que aprieta un misterio crudo, todavía húmedo, en la boca.

[Carta de Jamaica]

Yo, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Ponte Palacios y Blanco. Yo, rey de Tebas.

Muy señor mío:

Me dirijo a V. m. desde la maldita circunstancia del agua por todas partes, desde la médula tenue de la vida, que llaman exilio. Lo hago porque preciso hablarle sobre ese montículo de arena y ceniza que me vio nacer, esa tierra ebria de tanto sol, encandilada por su hambre de historia. La conozco bien: mucho he viajado en mis días, pero nunca, realmente, he atravesado las fronteras de Venezuela. Cada palabra que pronuncio ata mis pies a ella, atraviesa mi boca con un sabor amniótico. Por ello sé, al observarla desde estas costas extrañas, que he fracasado al intentar liberarla. Esto debo confesar a V. m.

He arado en el mar, sembrado en el viento. He fallado, lo juro por el dios de mis padres. Mucho me ha costado entender que mi país es un error de la geografía. Una promesa banal, un paraíso inventado por sordos. Un amasijo de cuerdas y tendones, un revoltijo de carne con madera. La cuna de los ripios, de los
/plagios,
una franja de polvo fascinada con los movimientos del mar, ese animal que no puede quedarse inmóvil porque muere de sed.

/Sírvasse

V. m. de mirar su mapa: un cúmulo arbitrario de líneas y venas
/inquietas,
de parches mal cosidos. En verdad le digo: primero pasará un ojo por la aguja de un camello, que mi tierra por las puertas de los cielos.

Païs, pays, país, païs – ninguna ortografía sabe sostenerlo.

No es una patria; es una apuesta que perdimos.

Como ve, no miento;

yo soy un hombre sincero, de donde crece la palma. Vengo de una

/región

cuya naturaleza se opone a todo, cuyo dios es un sepulturero glorificado. No quiero ver mi rostro grabado en sus monedas, en esos metales flácidos que nada compran, que cargan los bolsillos como un órgano torpe. No quiero mi nombre en la boca de sus soldados, en su escudo, en la cadencia pueril de su himno. No quiero que mi memoria sea manchada por todos los ademanes nerviosos que hará para convencerse de que es una nación. Bajaré al sepulcro lejos de allí. Me crecerá un árbol en el pecho, me llenará los pulmones de raíces y pólvora. No seguiré luchando

/por esa

tierra que sólo ha servido para dejarme las manos sucias de

/infancia.

Suyo,

De La ciencia de las despedidas

[Strange fruit]

Los peces no hablan: es bien sabido. Atraviesan callados el cielo invertido del mar, sus pendientes como pensamientos ajenos, colgando sobre la noche boquiabierta. Se dice que no cantan porque temen que la voz escape, se deslice hasta la superficie, donde se quedaría flotando, durmiendo el sueño de las algas. Cuenta Pierre de Vaisière que en junio de 1724 un barco esclavista atravesaba esas voces morosas camino a Santo Domingo. Llevaba en bodega alimentos en conserva, agua dulce, ratas y gatos para comerse a las ratas, y una mercancía humana que sumaba los trescientos. Olía a tedio y disentería, a cuerpos amontonados, lamidos por el salitre. A medio recorrido, el capitán empezó a sospechar que dos esclavos, un hombre y una mujer, planeaban un motín. Para curarse en salud, decidió hacer de ellos un ejemplo. Frente a todo el barco, hizo que a ella le pelaran los miembros a cuchilladas – murió con los huesos enronquecidos de tanto gritar. A él, después de tajarle el cuello, ordenó arrancarle el corazón, el hígado, las vísceras para que fueran picados en exactamente trescientos pedazos. Abierto, expuesto, sus brazos y piernas guindaban, moviéndose con el vaivén del barco. Podía verse el árbol tembloroso que llevaba por dentro, allí donde el cielo hundía sus raíces rojas. Cada esclavo recibió uno de los trozos, carne de su carne perdida. Cerraban la boca como el mar se cerraba alrededor del barco, boca sin garganta, sin labios ni encías. Los cuerpos fueron tirados por la borda. Los recibieron los peces que, en realidad, no hablan porque son sordos. Los vieron caer y no se atrevieron a interrogar los ojos en blanco, las hilachas de piel, las entrañas súbitamente libres. No preguntaron sus nombres y, por eso, tampoco los sabemos nosotros.

[Sin título]

*Estudié la ciencia de la despedida
en los calvos lamentos de la noche.*

Ossip Mandelstam

En Nataruk, al norte de Kenia, arqueólogos hallaron los restos de 27 seres humanos amontonados en la palma seca de lo que solía ser un lago. La datación por radiocarbono de conchas y sedimentos minerales permitió estimar que los cadáveres tenían entre 9.500 y 10.500 años de antigüedad. Se trataba de un grupo diverso: hombres y mujeres adultos –una de ellas embarazada–, ancianos, niños. Varios tenían las manos atadas. Todos presentaban traumatismos graves, señales de golpes realizados con objetos contundentes, como mazos, así como heridas producto de armas punzopenetrantes. Los expertos creen que los 27 sujetos fueron reducidos, ejecutados sistemáticamente y lanzados al lago, donde el limo se ocupó de conservarlos. Es así como los cuerpos aprenden a hablar, a decir la vida sin elocuencia, en kilos de carne, bilis, flema y saliva, polvo y brillo inclemente. La vida labios abiertos, dientes cariados, osamenta de plomo. Cuero extendido bajo la furia del mediodía, su ojo tosco y cóncavo. Desaparición, despedida, miembro fantasma, ciencia trunca.

[Historia natural del escombros: Lázaro]

Primero fue el aliento cayendo furioso sobre las aguas. Unas pocas palabras oídas a medias, piedras estridentes lanzadas contra la ventana del sueño. Desde niño le costaba despertar. Contra todos los fueros de la muerte, manos extrañas toman por los hombros a Lázaro y lo arrastran al mediodía abrupto como un acantilado, abren su boca y a la fuerza empujan en ella la respiración amarga, golpean su pecho hasta que el corazón arranca, los desagües del cuerpo se llenan otra vez con el torrente olvidadizo y sanguinolento, aceite de motor y diesel. Sale del sepulcro tropezando, encandilado; la mortaja se le ha caído y los testigos del milagro pueden ver su carne oscurecida por la podredumbre, estriada de gusanos, el mapa de otro mundo. El hedor es insoportable. Todos se cubren la nariz, algunos vomitan. Lázaro parpadea bajo el brillo contumaz, le arde la mirada reseca, no puede enfocarla. Nadie entiende para qué ha sido traído de vuelta, pero los periódicos están encantados con la historia. Ya hay planes para un documental y un reality show (Lázaro con seis jóvenes en una casa, aprendiendo a surfear o cocinando frente a una audiencia). Su foto está por todo Twitter, #levántateyanda. Los astrólogos no se ponen de acuerdo para elaborar la carta astral de alguien que ha nacido dos veces. Él sigue parpadeando. Gesticula, balbucea, las sílabas se le caen, juguetes torpes. Gemidos, gruñidos. Cómo encender de nuevo la máquina suave de la voz. Al poco rato, los testigos se dispersan. Lázaro se queda solo, aún sin atinar a cubrir su desnudez,

empezando a entender que dios es un músculo ciego.
Finalmente miró al soslayo, se fue y no hubo nada.

[Anábasis]

Un autobús en medio de la carretera. Así termina esto. Un poco más atrás, abandonado, sin gasolina, hay un transporte militar recorrido por agujeros de balas. El día en que nos fuimos, guardamos toda la ropa que cupo en las mochilas y los bolsos. Tomamos algunas joyas y las empacamos también; el resto lo escondimos detrás de la nevera, pensando que llegaría el día en que las necesitaríamos. Dinero oculto en las medias, en la ropa interior. Mi hija pegó a la puerta de la cocina una carta pidiendo a quienes vinieran que no rompieran nada, por favor. Los retratos, las fotos familiares, todo se lo van a llevar las hormigas, me dijo cuando salimos del edificio, todo lo van a desmigajar poco a poco para guardarlo en sus ciudades secretas. Mi hermano tenía un contacto, alguien que nos podía conseguir un puesto en alguno de los barcos, seguro, segurísimo, tan cierto como el peso de un durazno o el olor a mañana del pan sobre la mesa. Por un precio, claro. Pagamos. El autobús en el que viajábamos fue detenido dos veces, una de ellas al abandonar la ciudad, pero no nos bajaron. Adentro, nadie decía nada: el horizonte nos pasaba su navaja por la lengua. Íbamos pendientes del chillido intestino de los frenos, dejándonos digerir por el calor, morosamente, sobre el forro de plástico de los asientos. A veces recostaba la cabeza contra el respaldo y trataba de imaginar cómo nos veríamos desde lejos, moviéndonos en la carretera vacía, suturando la distancia que nos separaba de la costa. No recuerdo quién me había dicho que el océano no se parecía al agua, que casi era un enorme papel arrugado por algunas manos distraída. Pero esto lo pienso ahora. Cuando vimos la costa, endeble, allá, sólo pensé: mar. Y decíamos: mar. Que era como decir párpados inagotables. Que era como decir hambre. Que era como decir la saliva del tiempo. Que era como decir el cabello interminable de los muertos. Que era

como decir terror. El mar era el animal asustado más grande que habíamos visto. Marchábamos hacia él cuando escuchamos los disparos. Más adelante estaba el camión, soldados disparando a no sé quién, pequeños, aún remotos. El conductor aceleró. Quería atravesar a toda velocidad el fuego cruzado, no podíamos parar, no sabíamos qué harían con nosotros. Sin darnos la orden de alta, sin mediar un gesto, nos llenaron de balas. El conductor se detuvo de inmediato. Rato después, cuando se acabaron las detonaciones, vinieron por nosotros. Se llevaron a todas las mujeres, mataron a todos los hombres. Se fueron con prisa, ni siquiera nos registraron. Nos dejaron aquí tirados, la sal de la tierra. Así termina un autobús en medio de la carretera, en plena noche, triste como un perro en celo.

[Sin título]

Aquí tiene mi pasaporte. Sí, mi visa está vigente. Tengo los papeles que lo confirman. ¿Motivo del viaje? Personal. No, no transporto alcohol o tabaco. No, no llevo conmigo alimentos sin pasteurizar, materiales orgánicos, curiosidades insalubres. No he estado recientemente en una granja; no recuerdo la última vez que estuve en una granja. No poseo licencia para portar armas de fuego. Nunca he tocado una. En mi bolso de mano no hay botellas con más de 300 ml de contenido. ¿Motivo del viaje? Viajo por las mismas razones que todo el mundo: por ingenuidad, por creer lo que dicen los libros, que hay un lugar donde no me alcanzará mi nombre, donde podré tomarlo finalmente en vano. No, en mi equipaje no hay látigos, esposas, vibradores, arneses. Tampoco documentos imprescindibles para la paz de alguna nación. No traslado especies animales o vegetales; dejé las plantas carnívoras en la infancia. Los órganos que llevo están pulcramente guardados bajo mi piel, algunos prematuramente cubiertos por el óxido y la grasa. ¿Todas estas pastillas? La circulación no puede quedarse estática, no puede haber sangre perpleja en las venas; la respiración no puede estancarse en la tráquea como un puño de bruma:

me rompería los dientes y el paladar.
¿Motivo del viaje? Porque yo ya no soy
yo ni mi casa es ya mi casa. Usted, con
sus insignias y su uniforme, su himno
y su juramento a la bandera, no termina
de entender que un país es un puñado
de palabras robadas. Y algún día
hay que devolverlas. Eso hago justo
ahora: dejo las palabras por donde
puedo, donde me permiten, aunque ya
tengan un sabor rancio. Pago una
deuda con estas palabras legañosas, que
parpadean bajo la lámpara cenital. En la ciudad
donde nací, cada quien tiene sus deudas y
siempre hay alguien que las cobra. Allí, los
milagros son un peligro como cualquier otro,
una bala perdida, un desastre natural. Allí,
todas las pieles madrugan con la misma
resaca inocente ¿Motivo del viaje? Porque
en los lugares donde nadie habla mi lengua
el cuerpo es una desaparición: hay una
transparencia que gangrena de golpe la
carne, ninguna sílaba me carga, nadie
puede verme. Pero no viajo sin equipaje.
Mi ciudad está hecha de papel; se
dobla y se guarda en el bolsillo,
tiene la forma de un cuaderno, de un
tacto cómplice. En ella los santos atracan,
transmutan el agua en ron, manejan motos
empire y duermen su mínima eternidad
dentro de estatuas de arcilla. En mi
ciudad, llevamos nuestros muertos en el
bolsillo; no se los puede abandonar en
casa, desaparecen, se van al más allá o
los roban para venderlos –no dejan

a cambio ni un montoncito de sal.
No es realmente una ciudad: es una fiebre
lenta que se come el valle, trasnochada,
colérica. ¿Motivo del viaje? Desde hace
años sueño con una ballena que me traga,
me alberga durante meses detrás de sus dientes
de yeso, en la noche blanda de su estómago,
para finalmente escupirme en costas extrañas.

**De *Nuevas cartas náuticas*
(Inédito)**

**Variaciones sobre Palinuro
(a partir de los dos últimos versos del libro V
de la *Eneida* de Publio Virgilio Marón)**

Oh, ¡en exceso de los cielos y piélagos serenos te confiaste,
Palinuro, y ahora serás arrojado desnudo sobre arenas
/desconocidas!

*

Oh (¿oh?)
nimiamente te confiaste, Palinuro,
entre el firmamento y el mar calmo,
y por eso terminarás desnudo
sobre playas ignotas.

*

Palinuro descolgado
de la rama tuerta del horizonte.

*

Palinuro, la han encontrado,
una vez más: la eternidad.
Es el mar mezclado con el sol.

*

Palinuro, el mar
que muerde sin dientes y traga
sin garganta.

*

Nimio (excesivamente, de sobra, en demasía; tomado del latín en el siglo XVII, ha llegado a significar exactamente lo contrario)

el cielo (de *caelum*; las muestras más antiguas de esta grafía datan del siglo XII; siempre azul, salvo en caso del fin del mundo)

y el piélago (de *pelagus*, altamar, y este a su vez del griego *πέλαγος*. Estrabón se vale de esta palabra exactamente una vez en su *Geografía*)

confiaste (en la segunda persona, se refiere a Palinuro, quien acaba de ser arrojado al mar, víctima de fuerzas que no comprende)

sereno (claro, brillante, calmo; la declinación indica que se refiere a las aguas y al cielo, pero en español gana en ambigüedad: podría referirse a Palinuro también)

desnudo (de *nudus*, con la partícula *des-* por analogía con el verbo *denudare*, de cierto modo vestida, cubierta por ella)

en ignota (desconocida, ajena, extraña; no relacionado con *ignorar*, sino proveniente de *ignotus*, lo contrario de *notus*, conocimiento – tantas cosas son lo contrario del conocimiento)

Palinuro (*Palinure* en el original: Virgilio pareciera apiadarse del destino de su personaje, pues se dirige a él directamente, por boca propia o de sus personajes, en varias ocasiones)

serás lanzado (en el original es un solo verbo, *iacebis*, que contiene el porvenir de hallarse arrojado y, además, connota cierto abandono, cierto rechazo, una especie de soledad virada hacia el futuro)

arena (metonimia para referirse a la playa; del latín *arena*, sin embargo, Virgilio escribe *harena*: el sonido de la *h* aún no se había perdido en su tiempo, no se había ahogado todavía).

*

Palinuro
pájaro empapado
por la lengua del sueño.

*

Palinuro
párpado de espuma

nadador de aliento liso
y brazadas como guijarros

lanzados contra la ventana de la noche

Palinuro miembros descosidos
regalados a los peces

ojos de salitre pecho
fruncido por el cansancio

cráneo picado de tanto mediodía en la borda

Palinuro es hora ya
de dejarte nadar pulmón arriba

vigilia abajo de dejarte
con la frente desnuda

buceando en el cielo de espaldas.

Space Oddity
(a partir de *Tristia*, de Publio Ovidio Nasón)

Ya no escribo
para engañar a la distancia.

Aquí, en el fondo del mar,
he desaprendido el arte
del habla. Palabras tracias
y escitas
hacen nido en mi garganta
como cangrejos.

Los peces pasan
con los mismos ojos duros
de los muertos
y los cometas.

Constelaciones de algas,
cardúmenes de asteroides minúsculos.

Aquí floto como un planeta
que ha perdido el equilibrio.

**Ya no será Tule
(a partir de *Medea*, de Lucio Anneo Séneca)**

Qué tiempos tan inocentes vieron nuestros antepasados.
Vivían satisfechos,
engordando cada uno en su orilla,
envejeciendo en sus patrias enanas,
ricos con lo poco que ofrecía la tierra natal.

El mundo estaba bien distribuido,
una cosa era una cosa y otra cosa
era otra cosa, nada quería dejar su lugar
antes de que el primer barco
traicionara todas las fronteras
y arrastrara sus remos por el mar,
domesticándolos,
partiéndolos en pedazos.

Ahora el agua se aparta, se inclina y sufre
nuevas leyes. Ahora cualquier balsa
puede retar las olas, meterse en asuntos
que no comprende. Ahora nada permanece
en su sitio: se han movido los lindes del mundo,
ciudades brotan como hierba feroz
por todas partes.

Vendrán pronto tiempos nuevos
en los que el océano
desatará los ligamentos de las cosas
y la última tierra
ya no será Tule.

ÍNDICE

DE *EXTRANJERO*

- 13** *Padre*
- 14** *¿Quién dejó crecer*
- 15** *No sé qué es esto*
- 16** *Enseño a tu muerte cómo hablar.*
- 17** *Tu muerte,*
- 18** *Te sentabas con tu sombra*
- 19** *Todo en ti se ha hecho despedida.*
- 20** *¿Y de qué vale ahora, dime,*
- 21** *Padre*
- 22** *Tu lengua tallada por el hambre*
- 23** *Este oficio de mudez*
- 24** *Padre*

DE *HEREDAR LA TIERRA*

- 27** *II. Por haber sucumbido a la oscura*
- 28** *V. Tus pies no recuerdan todavía*
- 29** *VI. Sin saberlo, escribía*
- 30** *VIII. Al recién nacido hay que darle*
- 31** *X. Velo tu sueño, la mansedumbre lejana*
- 32** *XI. Amasar un salmo bajo el sol*
- 33** *XIV. No el clamor, sino el murmullo*
- 34** *XX La luz no puede perdonarnos que hayamos venido*

DE *SALVOCONDUCTO*

- 37** [Sonatesco y ripioso]
- 39** [José Ángel Valente y el Consejo de Guerra]
- 41** [Sin título]
- 43** [Curso intensivo de biopolítica]

- 45** [Cosplay]
- 47** [Carta de Jamaica]

DE LA CIENCIA DE LAS DESPEDIDAS

- 51** [Strange fruit]
- 52** [Sin título]
- 53** [Historia natural del escombros: Lázaro]
- 55** [Anábasis]
- 57** [Sin título]

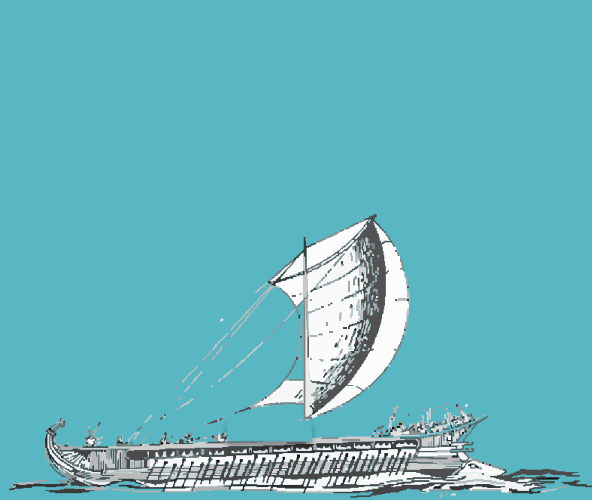
DE NUEVAS CARTAS NÁUTICAS (INÉDITO)

- 63** Variaciones sobre Palinuro
(a partir de los dos últimos versos del libro V
de la *Eneida* de Publio Virgilio Marón)
- 65** Space Oddity
(a partir de *Tristia*, de Publio Ovidio Nasón)
- 67** Ya no será Tule
(a partir de *Medea*, de Lucio Anneo Séneca)

Adalber Salas Hernández

Caracas, Venezuela, 1987

Poeta, ensayista, traductor. Autor de los poemarios *La arena, el vidrio* (Editorial Equinoccio, 2008), *Extranjero* (bid&co. editor, 2010; Común Presencia, 2012), *Suturas* (bid&co. editor, 2012), *Heredar la tierra* (Común Presencia, 2013), *Salvoconducto* (ganador del XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita; Pre-Textos, 2015), *Río en blanco* (Sudaquia, 2016), *mínimos* (Amargord, 2016), *Materia intacta* (Kalathos Ediciones, 2016), *La ciencia de las despedidas* (Pre-Textos, 2018) y *[a love supreme]* (Ediciones Letra Muerta, 2018). Asimismo, ha publicado los volúmenes *Insomnios. Ensayos sobre poesía venezolana* (bid&co. editor, 2013), *Estábamos muertos y podíamos respirar. Paul Celan, escritura y desaparición* (Huerga&Fierro, 2017), *Clarice Lispector: el lugar de la poesía* (Ril Editores, 2019) e *Isolario* (Ediciones Aguadulce, 2019). Entre otras, ha publicado traducciones de Marguerite Duras, Antonin Artaud, Charles Wright, Mário de Andrade, Hart Crane, Hector de Saint-Denys Garneau, Pascal Quignard, Yusef Komunyakaa y Mark Strand. Junto con Alejandro Sebastiani Verlezza editó las antologías *Poetas venezolanos contemporáneos. Tramas cruzadas, destinos comunes y Destinos portátiles. Poesía venezolana reciente*. Forma parte del comité editorial de las revistas *Poesía* y *Buenos Aires Poetry*. Dirige la colección *Diablos danzantes* en Amargord Ediciones. Cursa estudios doctorales en la New York University. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, al italiano y al alemán.



Colección *Voz Aislada*